

R. 11442

X
R. 1114

LEA BUCOGARISTIA

R. BERNARDEZ

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00684652

~~Folleto No 2 = 16~~

LA EUCARISTÍA

7

POR

D. Ramón Bernárdez

ABAD DE LA COLEGIATA DE LA CORUÑA

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORUÑA

TIPOGRAFÍA EL NOROESTE

á cargo de V. Castelo

1899

LA EUCARISTÍA

POR

D. Ramón Bernárdez

ABAD DE LA COLEGIATA DE LA CORUÑA



TIPOGRAFÍA EL NOROESTE
á cargo de V. Castelo
1899



Con licencia de la au-
toridad eclesiástica.



PRÓLOGO



La Eucaristía fué instituida por el Verbo Encarnado; y es una derivación y amplificación de la *Encarnación*.

El Verbo Encarnado es una de las tres divinas Personas: la segunda de la Beatísima *Trinidad*.

La Beatísima Trinidad es *Dios*, criador de cielos y tierra, uno en esencia al mismo tiempo que trino en Personas.

He aquí por qué dedicamos algunos párrafos á la Divinidad, á la Beatísima Trinidad, y á la Encarnación, como preliminares para tratar de la Sacratísima Eucaristía.

Esta la consideramos como Sacrificio, como Sacramento ó manjar, y como prenda y recuerdo que el amantísimo Jesús dejó á sus hijos en este valle de lágrimas.

Tal es el plan de este breve escrito, que el autor dedica á Jesús Sacramentado.



CAPITULO I

PRELIMINARES

I

DIOS

Dios, señor de infinita magestad, de infinita bondad, infinito poder, infinita sabiduría, que existe desde la eternidad y existe necesariamente y existe por sí mismo: que en el tiempo y cuando le plugo dió existencia y forma al universo, tanto visible como invisible, tanto corporal como espiritual, tanto material como inmaterial; creación que sin ser infinita, porque lo creado no puede ser infinito, es sin embargo tan grandiosa que su extensión y naturaleza, contornos y límites, número y calidad de maravillas, exceden la capacidad intelectual y aun la imaginativa del hombre: Dios, cuya grandeza y magestad turban la imaginación más aun que el sol cuando hiere nuestras pu-

pilas: Dios, cuya grandeza y magestad exceden infinitamente los límites de nuestro entendimiento, sin que dejemos por eso de comprender que sin Dios, sin un ser que exista por sí mismo, que haya existido siempre, que sea necesaria é infinitamente poderoso, nada podría existir y nada podría explicarse y todo sería absurdo é imposible: Dios, cuya grandeza no comprendemos ni podremos comprender por lo mismo que es infinita, pero cuya existencia es tan patente que no se ocultó á ningún pueblo, raza ni grado de civilización: Dios, tiene en su modo de ser, en su modo de existir, en su esencia y naturaleza, una particularidad que tampoco comprendemos, pero que ni siquiera hubiéramos sospechado si El mismo no se hubiera dignado revelarla.

Nos referimos á la Trinidad Beatísima de Personas en la unidad absoluta de esencia.

II

BEATÍSIMA TRINIDAD

Por la divina Revelación, sin la cual se hubiera extraviado y confundido la razón humana, como en efecto se ha confundido y extraviado, aun en las cosas más fáciles y triviales, siempre que ha prescindido ó carecido de ella; por la divina Revelación sabemos que en Dios, no obstante que es uno solo y uno mismo, hay tres Personas distintas, que se llaman Padre, Hijo y Espíritu Santo: tan per-

fectamente distintas, que el Padre no es el Hijo ni el Espíritu Santo, el Hijo no es el Padre ni el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo; y sin embargo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no son más que un solo y único Dios.

¿En qué consiste y cómo se explica la trinidad de Personas en la unidad absoluta de esencia? Hoy por hoy lo ignoramos.

Es verdad que por todas partes se divisa la huella de una Trinidad creadora: es verdad que el número *tres* reina é impera en todos los órdenes de la creación como número predilecto del sumo Hacedor.

En efecto, la primera obra de Dios debió de ser el espacio; y el espacio, que sin duda es *uno*, consta sin embargo de tres elementos perfectamente distintos, que son longitud, latitud y profundidad.

La segunda obra debió de ser el tiempo; y el tiempo se compone de tres términos perfectamente distintos, que son pasado, presente y futuro.

En el espacio y el tiempo encerró Dios toda la creación; y en toda ella resplandece la variedad en la unidad como factores indispensables de la belleza; pero la variedad viene á resolverse siempre y en todas partes en *trinidad*. Tres clases, tres órdenes de seres constituyen el universo: que son espíritu puro, pura materia y el espíritu unido á la materia, ó, seres materiales, seres inmateriales y seres mixtos.

La materia consta de tres dimensiones, que son largo, ancho y grueso; y no puede existir, ni siquiera concebirse con una ó con dos solas dimensiones.

¿Qué fuerzas físicas dominan en la materia? tres: electricidad, calor y luz, perfectamente distintas; y sin embargo los sabios están empeñados en que los tres fluidos calórico, lumínico y eléctrico son manifestaciones de uno solo y uno mismo.

Tres reinos se destacan en la naturaleza: mineral, vegetal y animal. Tres dimensiones en cada mineral: tres constituyentes en cada vegetal, que son raíces, tallo ó tronco y ramas. Tres operaciones en cada animal, que son crecer, moverse y sentir, además de que tres partes—cabeza, tronco y extremidades—componen su cuerpo *único*.

Tres facultades del alma: memoria, entendimiento y voluntad.

La música la constituyen el compás ó duración del *sonido*, el tono ó elevación del *sonido*, y el timbre ó calidad del *sonido*.

El juicio y su expresión, ó sea la proposición, se compone de sujeto, predicado y verbo.

El raciocinio y su expresión, que es el silogismo, consta de premisa mayor, premisa menor y consiguiente....

Y por decirlo de una vez, por do quiera y en todas partes destácase la *trinidad* en la unidad, produciendo las dos de consuno, y nunca sola, la armonía, el orden, la belleza.

Ya que los heraldos de la ciencia piden

hechos y nada más que hechos, no estaría por demás se dignaran fijar su atención en esta série interminable y nunca interrumpida de *hechos* y nos dijeran si les parece indigno de la razón humana atribuir al *creador* del universo, en vista de tantos *hechos* alguna Trinidad, rodeando, amenizando y embelleciendo la unidad. Porque la razón natural dicta que no puede haber más que un Dios; pero esta misma razón, ilustrada con la luz de la fe, demuestra de alguna manera que la creación es obra de una Trinidad que por do quiera dejó señales de su divina presencia.

Sin embargo, confesamos que la trinidad de personas perfectamente distintas en la unidad absoluta é intangible de la Divinidad, excede nuestra comprensión.

No es que el dogma de la Santísima Trinidad se oponga ó repugne á la razón natural; es que la excede, es que está fuera de su alcance. Como está igualmente, y por idéntica razón, fuera del alcance de toda objeción seria; y lo estará en efecto mientras no sepamos en qué consisten las personas divinas y en qué consiste la esencia de Dios. Y nada de esto sabremos, y todo esto ignoraremos (como ignoramos *casi* todo, aun en el orden natural), mientras no traspasemos los umbrales de la eternidad y se nos permita extender la mirada atónita por el incommensurable horizonte de la creación y contemplar de cerca y con luz celestial al divino Autor.

Entonces, cuando tengamos la dicha de ver

á Dios cara á cara, *facie ad faciem*, y tal cual es, *sicuti est*, entonces veremos y nos convenceremos, con santa y deleitosa admiración, que la trinidad de Personas, lejos de turbar ó empañar la unidad de esencia y de ser anómala ó imposible, constituye ella precisamente, en combinación con la unidad, la suma belleza de Dios; y que Dios no podía menos de ser tan trino en Personas como uno en esencia, si había de ser soberanamente bello, infinitamente perfecto; esto es, si había de ser verdadero y único Dios.

Ahora bien; una de estas divinas Personas, no las tres; la segunda, y no la primera ni la tercera; el Hijo ó Verbo, y no el Padre ni el Espíritu Santo, *encarnó*, hizose hombre, sin dejar por ello de ser Dios.

III

LA ENCARNACIÓN

El Hijo de Dios, distinto del Padre y del Espíritu Santo, en cuanto á la Persona; pero idéntico con el Padre y el Espíritu Santo, en cuanto á la esencia, á la naturaleza, al poder, sabiduría, majestad, bondad, divinidad: el Verbo Eterno, Dios con el Padre y el Espíritu Santo, que hizo brotar de la nada innumerables mundos y los sembró de inenarrables maravillas: este Dios, más hermoso que todas sus obras, más bueno que todos sus ángeles, más grande que toda la creación; *encarna*, se pre-

senta en la tierra en forma de hombre, vestido con nuestra naturaleza, sin deponer por esto la divina, antes bien uniendo, juntando las dos naturalezas en una sola y una misma Persona, desposando la naturaleza humana y la divina con el vínculo sagrado de una sola personalidad, uniendo, en fin, *hipostáticamente* la naturaleza humana que tomó en el tiempo á la naturaleza divina que ya poseía desde la eternidad.

¡La Encarnación!!....

Es verdad que en el Antiguo Testamento había mil anuncios de un acontecimiento extraordinario, mil promesas de un Libertador, de un Redentor, de un caudillo de Judá. Pero ¡encarnar Dios!

Es cierto que la humanidad pasó cuarenta siglos suspirando por lá Encarnación. Porque, no cabe dudarlo, el hombre no puede pasar sin Dios; pero el hombre no se contenta con un Dios á quien no ve, con un Dios al que no oye, con un Dios que no le habla, que no le dice nada, que no se cuida de sus miserias, que no le consuela en sus desdichas

Por eso en el pueblo de Israel se repetía sin cesar el grito de *Isaías: ¡oh cielos, derramad desde arriba vuestro rocío y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador.* Y los gentiles forjan dioses sin cuento; pero dioses visibles, que brotan de las entrañas de la tierra, ó salen del seno del mar, ó descenden de las alturas del cielo.

Sin embargo, ¡hacerse hombre todo un Dios!

Es verdad que el hombre parece hecho para la Encarnación. Nada llega á su espíritu, nada penetra y arraiga en su corazón, si no le entra por los sentidos.

Con los espíritus Dios comunicará por medios espirituales, inmateriales, insensibles; con las mil clases de seres que pueblan quizá millones de mundos para nosotros desconocidos, Dios tendrá mil modos y medios de comunicarse y hacerse conocer y entender; pero en el mundo del hombre todo es *encarnación*. El hombre mismo todo entero ¿qué es más que un espíritu, un alma *encarnada*. un alma espiritual vestida, cubierta, encerrada en *carne*?

¿Qué cosa más espiritual que el pensamiento?; y sin embargo no se desarrolla, no se completa, y mucho menos se comunica, si no se le viste, si no se sensibiliza, si no se cubre de *carne*. si no *encarno*.

Sin embargo, ¡encarnar todo un Dios, y encarnar en la forma en que lo hizo!

Porque, es de notar que en la Encarnación todo es hermoso, todo es bello, todo es delicado, todo es magnífico, sublime, divino! También es verdad que la Encarnación es la obra maestra de Dios; como que en todas las demás obras se trata de criaturas más ó menos excelentes, mientras que en esta es Él mismo el *creado*, por decirlo así. Por eso no es de extrañar que el divino Artífice no haya olvidado aquí ni el menor detalle.

En efecto; antes de *encarnar* deja transcurrir cuarenta siglos de expectación; cuarenta

siglos durante los cuales la humanidad se preparase para recibir á su Libertador.

Y cuando llega la hora de cumplir las divinas promesas, en primer lugar Dios escoge la *Encarnación*, siendo así que para rescatar al linaje humano tendria otros mil medios mucho menos costosos, (fuera de que ninguna obligación tenia de redimir al hombre).

En segundo lugar, aun adoptada la Encarnación como forma la más apropiada para rescatar á la pobre humanidad, pudo Nuestro Señor formar su cuerpo de elementos celestiales; pudo á lo menos aparecer, como el primer hombre, en edad adulta; y pudo tomar la naturaleza humana tal cual Él la hiciera, tal cual era antes de la culpa, esto es, impasible, inmortal, y coronada de gloria y esplendor; pero no lo hizo así; antes bien prefirió tomar naturaleza humana mortal y pasible; y prefirió nacer en la pobreza, vivir en medio de la miseria y el dolor, y morir desangrado en una cruz: sin duda para que no se dijera que despreciaba nuestras miserias y desdichas, Él que las aceptaba de lleno para sí.

Y prefirió descender de Adán como nosotros; y nacer de una hermana nuestra. (Por cierto que á esta hermana nuestra la elevó, naciendo de ella, á la dignidad de Madre de Dios, para luego cedérsela en el testamento que otorgó en el lecho de la Cruz.) (*San Juan* c. 19, vs. 26 y 27.)

Y prefirió entrar en el mundo por la humilde puerta de una cuna, y salir del mundo

por la pavorosa puerta de una horrenda muerte.

En tercer lugar, Él, que con una gota de sangre que vertiese ó con un suspiro que exhalase, pagaba á la divina Justicia todos los crímenes del mundo, prefirió derramar toda la sangre, después de haber apurado el Cáliz de todas las amarguras!!....

Pues bien: este Hombre Dios, el Verbo Encarnado, el Libertador divino, el Redentor y Restaurador de la humanidad, se halla real y verdaderamente presente en la Sacratísima Eucaristía.



CAPITULO II

EUCARISTIA

I

PRESENCIA REAL DE J. C. EN LA EUCARISTIA

A las palabras de la Consagración pronunciadas por el Sacerdote sobre el pan y el vino comparece N. S. J. C. en la Hostia y el Cáliz y subsiste sacramentado mientras duran las especies del pan y del vino.

Jesucristo mismo, aquella Segunda Persona de la Beatísima Trinidad que con el Padre y el Espíritu Santo formó y rige con brazo omnipotente los innumerables mundos que pueblan la inmensidad del espacio: aquel Verbo Eterno que *se hizo carne* en el seno purísimo de María Inmaculada: aquel Niño Dios que nació en el Portal de Belen, donde, no obstante su pobreza, fué adorado por Angeles, Pastores y Magnates: aquel Niño Dios que fué lle-

vado á Egipto por María y José para evitar la persecución de Herodes: aquel dulcísimo Jesús que pasó por la tierra haciendo el bien y enseñando la verdad celestial, que vertió su sangre generosa por la redención del mundo, que resucitó al tercer día conforme había predicho, y subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre: El mismo está verdadera, real y sustancialmente presente en el Santísimo Sacramento del Altar.

No es la Eucaristía un mero signo ó figura ó representación de J. C.: ni es que esté allí solamente la virtud ó gracia de J. C.; sino el mismo Jesucristo con su cuerpo, su sangre, su alma y divinidad; y está allí presente verdaderamente, realmente, sustancialmente.

Y está todo entero, tanto en la Hostia como en el Cáliz, como en cualquier parte de la Hostia ó del Cáliz.

II

TRANSUSTANCIACIÓN

Por la Consagración el pan se convierte en cuerpo de J. C. y el vino en sangre. Pero, aunque por la *consagración* el pan *sólo* se convierte en cuerpo de J. C. y el vino en su sangre, sin embargo, en virtud de la unión que existe entre el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de J. C., ni está el cuerpo de Jesucristo separado *un solo instante* después de la consagración, de su sangre, alma y divinidad, ni la sangre de su cuerpo, alma y divinidad.

A esta singular y admirable conversión de toda la sustancia del pan en el Cuerpo de J. C. y del vino en su sangre, llama la Iglesia Católica *Transustanciación*. Después de la cual no queda del pan ni del vino más que las especies ó accidentes, como son el olor, el color, el sabor, etc.

Una vez hecha la consagración, la presencia real de J. C. en la Eucaristía continúa todo el tiempo que duren las especies sacramentales, ó sea mientras no se corrompen. De modo que este Augusto Sacramento no es transitorio, no es momentáneo, no consiste sólo en el uso como los demás Sacramentos y como pretendían los Luteranos, sino que continúa y dura aunque no se reciba. Por eso puede reservarse, y se reserva: puede exponerse y se expone á la pública adoración, y se lleva á los enfermos, y se lleva procesionalmente: y donde quiera que se halle la Santísima Eucaristía allí está J. C. real y verdaderamente; debiendo por lo mismo ser adorado en la Eucaristía con el mismo culto que en el cielo, con el culto que corresponde á la Divina Magestad, ó sea con el culto que se llama de *latría*.

III

MATERIA REMOTA DE LA EUCHARISTÍA

Al hablar de la Eucaristía se hace mención del pan y del vino, porque sólo el pan y el vino son materia consagrable.

El pan tiene que ser de trigo, como el vino se entiende solamente el de vid. Siendo pan de trigo, es indiferente para la validez el que sea ácido ó fermentado; si bien en la Iglesia Latina está preceptuado que se use solamente el ácido; como es también de precepto, aunque no de necesidad para la validez, que al vino se mezcle una pequeña cantidad de agua. Como es igualmente de precepto (y de necesidad para el sacrificio) que nunca se consagre una especie sola sino las dos, ni en cantidad mayor ó menor que la usual y necesaria, ni en otro lugar que en altar correspondiente, ni con otras ceremonias que las prescritas por la Iglesia: empero la consagración hecha por el Sacerdote no dejará de ser válida aunque consagre una sola especie, donde quiera que lo haga y cualquiera que sea la cantidad consagrada.

IV

MINISTRO DE LA EUCHARISTÍA

Únicamente el Sacerdote tiene la potestad de consagrar el pan y el vino, y es, por lo mismo, el único que puede celebrar el augusto sacrificio de la Misa. Luego que J. C., en la última cena, hubo instituido la Eucaristía ó consagrado el pan y el vino, después de distribuir á los Apóstoles la Sagrada Comunión diciendo: *Tomad y comed: Tomad y bebed*; confirióles el Sacerdocio, ó sea la potestad de consagrar, di-

ciendo: *Hoc facite*. vosotros haced esto mismo que yo acabo de hacer.

V

INSTITUCIÓN DE LA SAGRADA EUCARISTÍA

N. S. J. instituyó la Sagrada Eucaristía la última vez que cenó con los Apóstoles; pero hablala ya prometido y anunciado bastante antes.

Predicando una vez en la Sinagoga de Cafarnaún, decía: (*Joan* cap. 6) «Yo soy pan vivo descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente: el pan que yo daré es mi carne». Comenzaron entonces los judíos á disputar unos con otros diciendo: ¿cómo puede éste darnos á comer su carne? Mas Jesús les dijo: «en verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último dia. Porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida.»

Estas palabras no podían ser más claras y terminantes: la carne de J. C. había de ser verdaderamente comida y la sangre había de ser verdaderamente bebida. Pero ¿en qué forma y manera sería posible que los hombres comieran la carne y bebieran la sangre del Hijo del hombre?

Parecía, en efecto, imposible y absurdo, y hasta indecoroso é inhumano: tanto que los oyentes de Cafarnaún se retiraron escandalizados.

Sin embargo, N. S. J. C. cumplió exactamente la palabra empeñada en la Sinagoga de Cafarnaún. El jueves Santo «al caer de la tarde» púsose á la mesa con sus doce discípulos. »Mientras estaban cenando tomó Jesús pan y lo bendijo y partió, y dióselo á sus discípulos »diciendo: «tomad y comed: *este es mi cuerpo.*» »Y tomando el cáliz dió gracias, lo bendijo y dióselo diciendo: «bebed todos de él. Porque »*esta es mi sangre.*» (Mat. cap. 29, v.º 26 y 27.)

Hé aquí cumplida al pié de la letra la promesa de J. C. que tanto había escandalizado á los oyentes de Cafarnaún. Y por cierto que la cumplió en forma tan peregrina que los hombres comen la carne y beben la sangre del Hombre-Dios sin horrorizarse ni escandalizarse; porque la carne parece pan y la sangre parece vino.

VI

OSCURIDADES

Hállanse, pues, perfectamente salvadas las dificultades que parecía ofrecer la delicadeza, la decencia, el decoro, y aun si se quiere, la humanidad; ya que la carne parece pan y la sangre parece vino. Sin embargo, aun quedan subsistentes dificultades de otro orden.

Por ejemplo, ¿cómo es posible que la sustancia del pan se convierta en el Cuerpo de J. C. y la del vino en su sangre? Y ¿cómo es posible que subsistan los *accidentes* de pan y de vino habiendo desaparecido la *sustancia* de vino y de pan? En efecto, parece difícil; y cuando se nos diga en qué consiste la sustancia y en qué consisten los accidentes, cuando se nos pruebe que los accidentes no pueden subsistir sin lo que se llama sustancia, quizá nos veamos apurados para contestar. Pero mientras los sabios todos juntos no saben decirnos qué cosa es sustancia, qué cosa es materia, ni cuáles son sus propiedades esenciales, cuáles sus principios constitutivos, ni de qué modificaciones es capaz, nadie tiene derecho ni razón para hablar de imposibilidades.

Pero ¿cómo puede J. C. entero, J. C. Dios y hombre verdadero, caber en el recinto de una hostia ó en el fondo de una copa? ¿Cómo? Del mismo modo que pudo salir del seno materno sin el menor detrimento de la integridad de su bendita Madre; del mismo modo que salió del sepulcro antes de remover la piedra que lo cerraba, y penetró en la habitación de los Apóstoles, sin que hubiese puerta ó ventana abierta; es decir, sin necesitar espacio para nacer, ni para salir del sepulcro, ni para entrar en la estancia de sus discípulos.

Además, á los que tales objeciones oponen podríamos preguntarles á nuestra vez: ¿cómo la luz, que es material, traspasa, sin romperlo,

el duro cristal de roca? ¿cómo el sonido, que también es material, circula por los cuerpos más compactos? ¿cómo una gran masa de vapor se reduce, por el simple enfriamiento, á una exigua arena? etc., etc.

Pero, ¿es posible que J. C. en cuanto hombre se halle presente no sólo en el cielo sino en miles de altares al *mismo tiempo*? La posibilidad se supone mientras no se pruebe la imposibilidad; y tal imposibilidad nadie la probó hasta la fecha.

Podría quizá decirse imposible la presencia simultánea de J. C. en muchos lugares, si dijéramos que el Cuerpo de J. C. se halla en la Eucaristía en el estado natural, comun y ordinario de los cuerpos; pero los católicos no aventuramos tal afirmación: no decimos que Jesucristo esté presente en la Eucaristía de tal ó cual modo; antes bien confesamos que no sabemos el *cómo* ni el estado en que se halla presente en el altar. La Iglesia tampoco lo dice. Asegura, sí, que está *sustancialmente* presente; pero ¿qué es *sustancia*?

Acaso pueda decirse que la presencia de J. C. en la Eucaristía se parece á la presencia del alma en el cuerpo humano y en cada una de sus partes; pero ¿cómo está el alma en el cuerpo? Nadie lo sabe.

Que la presencia simultánea de la humanidad de J. C. en muchos lugares es contraria á tal ó cual ley física? Bien; y ¿qué le costaría á J. C. derogar tal ó cual ley física? ¿á El que es

autor de todas las leyes físicas? Pero en realidad tampoco puede probarse que la Eucaristía contrarie las leyes de la naturaleza creada. Porque, en puridad, para multiplicar J. C. su presencia real, le basta con suprimir las distancias, suprimir el espacio para este efecto; y tal supresión no debe de ser muy difícil para Dios cuando sabe hacerla el hombre sin contrariar las leyes y fuerzas naturales, antes bien aprovechándolas y sirviéndose de ellas.

En efecto, merced á estas mismas leyes, no sólo está un hombre presente en el espacio que ocupa física ó materialmente con el cuerpo, sino en toda la habitación donde se encuentra, por extensa que ésta sea. Y si se asoma al balcón, puede hacer sentir su *presencia* á cuantos ocupan la plaza más espaciosa.

Si dispone del correspondiente aparato telegráfico, extiende la *presencia* de su pensamiento y voluntad á los puntos más lejanos.

Si cuenta con el teléfono, extiende no ya sólo su pensamiento y voluntad, sino también su voz, su palabra tal cual sale de sus labios; (y dentro de poco dicen que extenderá también la presencia corporal).

Ahora bien: ¿qué es esto más que suprimir las distancias? ¿qué es esto más que suprimir el espacio?

¿Y qué mucho, si ha suprimido también el tiempo por medio del fonógrafo? Merced á este descubrimiento podrán oír nuestra voz los que han de nacer de aquí á cien años, á doscientos, á mil. Si hubiera existido este aparato hay 19

síglas y se hubiera aplicado donde y cuando J. C. predicó el sermón de la *montaña*, podríamos aun hoy escuchar, saborear, oír aquella palabra divina, aquel acento sublime, aquel dulcísimo timbre de voz proclamando por primera vez en el mundo las ocho Bienaventuranzas.

Y si el hombre hace estas cosas, y no sabemos cuántas, quizá mucho más sorprendentes aún, hará con el tiempo, ¿con qué razón se pretende que no pueda hacerlas Dios?

La ciencia ha descubierto el medio de ensanchar la *presencia real* del hombre; y ¡se pretende que J. C. no pueda hacer siquiera otro tanto!

Sobre todo, es una insensatez pretender medir el poder de Dios por el rasero de la mísera comprensión humana.

Mucho más justo, mucho más racional será estudiar los designios de Jesús amoroso en este prodigio de amor, en este portento de caridad, para corresponder de algún modo á tanta bondad, á tanto amor.



CAPITULO III

Objeto y fines de la Sacratísima Eucaristía

¿Qué se propuso N. S. J. C. al instituir la sagrada Eucaristía? ¿Qué le movió á crear este portento de caridad?

Respuesta adecuada solo podría darla Nuestro Señor mismo; pues ninguna criatura es capaz de comprender toda la grandeza de aquel corazón cuya bondad y caridad inspiró esta obra del Altísimo mil veces más prodigiosa que todos los incontables mundos de que Él mismo ha sembrado la inmensidad del espacio.

Séanos lícito, sin embargo, discurrendo por este Océano de Caridad, de bondad, de ternura, indicar algunos de los fines que nuestro amantísimo Jesús persigue en el portento Eucarístico.

Notaremos en primer lugar que en la Misa se ofrece á Dios verdadero y propio sacrificio. Luego N. S. J. C. instituyó la Eucaristía para que tuviéramos en la Ley de Gracia un sacrificio digno de Dios.

Es también indudable que J. C. en la Eucaristía da á comer su carne y á beber su sangre, sirviendo de alimento celestial á sus hijos. Luego N. S. J. C. instituyó la Eucaristía también para que fuera manjar, alimento ó Sacramento.

Tampoco podemos olvidarnos de que Jesucristo continúa presente en la Eucaristía todo el tiempo que duran y donde quiera que se hallen las especies Sacramentales. Por este medio, divinamente ingenioso, J. S. sigue habitando entre los hombres, sirviéndoles de prenda y recuerdo vivo y reproducción constante de su tránsito por la tierra. Luego J. C. instituyó la Eucaristía con el fin de dotar á sus hijos con un recuerdo, con una prenda que les indemnizase de la ausencia del más amante de los padres, del más leal de los amigos.

Y nos concretamos á exponer estos tres aspectos de la Eucaristía, á fin de no hacernos interminables.

La Eucaristía *sacrificio*, la Eucaristía *alimento*, la Eucaristía *recuerdo*, son los tres conceptos que vamos á exponer brevemente.

I

LA EUCARISTÍA SACRIFICIO

Al comparecer J. C., á las palabras de la consagración, en la Hostia y en el Cáliz, se presenta en forma de *victima*: el cuerpo á un lado, la sangre á otro. «*Este es mi cuerpo*», dice

refiriéndose á la Hostia. «*Esta es mi sangre*», dice refiriéndose al Cáliz.

Y por más que al cuerpo acompaña la sangre y á la sangre acompaña el cuerpo con el alma y la divinidad, esto no se verifica por virtud de la consagración, sino en fuerza de la vitalidad, por decirlo así, del cuerpo y de la sangre de J. C., que, si han muerto una vez, revivieron para nunca más morir.

J. C., repito, se presenta en el altar en forma de víctima: el cuerpo á un lado, la sangre al otro. Y si bien el sacrificio del altar es *incruento* mientras fué cruento el de la cruz, lo cierto es que la víctima es la misma, y por lo tanto, sustancialmente ambos sacrificios son idénticos, distinguiéndose tan solo en lo accidental ó sea en la forma y modo del sacrificio.

Pero veamos antes que es lo que se entiende por sacrificio en general, y cómo, para llegar al incruento y pacífico sacrificio Eucarístico, hubo de pasar la víctima sacrosanta por el cruentísimo y horrendo sacrificio de la cruz.

SACRIFICIO EN GENERAL

¡Sacrificio!... ¡Palabra fatídica!... no ciertamente por el significado etimológico de «hacer cosa sagrada», *sacrum facere*, ó dar culto á Dios; que esto es de Derecho Natural y á ello es naturalmente inclinado el corazón humano; sino en cuanto significa y requiere víctima, y víctima humana, como materia de sacrificio.

En este último sentido, que es el más usual, obvio y frecuente, ¿quién apetece ser sacrificado? ¿quién no lo teme? ¿quién no lo rehuye? El más valeroso de los hijos de Judá, al contemplar de cerca el suplicio del Calvario, levanta los ojos al cielo para ver si aun es posible evitarlo: «*Pater, si possibile est, transeat a me calix iste*»

Y mientras tanto, ¿qué otra cosa es la tierra que inmensa ara colmada siempre de víctimas humanas? ¿Qué es la vida más que un continuo sacrificio, una muerte continuada? ¿*quædam prolixitas mortis*? ¿No es por ventura el mundo fosa profunda, necrópolis vastísima repleta de víctimas humanas, víctimas del infortunio, víctimas del sufrimiento, víctimas del dolor, víctimas de la inexorable ley de la muerte?

¿Y para esto habrá venido el hombre á la vida? ¿Para esto habrá sido creado? ¿Habrále hecho Dios para esto? ¿Para que viva en la tribulación y termine su existencia víctima del dolor? ¡Ah! nó: esto no debió de ser así desde el principio: *ab initio non fuit sic*. La muerte no la quiere Dios, ni aun para el pecador: *Nolo mortem peccatoris*. El sacrificio no era del gusto de Dios: *misericordiam volo et non sacrificium*.

El sacrificio cruento y la muerte son obra del pecado: *et per peccatum mors*. Ya se lo había predicho Dios al primer hombre: *el dia que comieres* (del fruto prohibido) *infalliblemente morirás*. (*Genes. c. II, v. 17*). Más nuestros

primeros padres dieron menos crédito á la palabra de Dios que á la serpiente infernal cuando les dijo: «de ninguna manera morireis»: *nequaquam moriemini*. (*Genes*. c. III, v. 4); y comieron del fruto prohibido, quebrantaron el precepto de Dios, pisotearon la Autoridad soberana, hollaron la justicia sempiterna; y sucedió lo que tenía que suceder, esto es, que se cumpliese la divina amenaza: *morte morieris*. Y esta pena extendióse á todo el linaje humano: *in omnes homines mors pertransiit*; porque á todos fué imputado el pecado del primer hombre, *in quo omnes peccaverunt*.

Tal es el origen de la expiación, de la pena, del castigo, del sacrificio expiatorio. Háse cometido un crimen imputable á toda la humanidad y origen de innumerables delitos; y la humanidad tiene que responder de él y de ellos ante la Magestad infinita, y expiarlos, pagarlos, satisfacerlos.

¿Cómo? ¿con qué?....

Abel ofrece á Dios los primogénitos de su ganado y las grosuras de ellos. (*Genes* c. IV). Caín mismo ofrece de los frutos de la tierra. Noé, aun bien no sale del Arca, levanta un altar, y tomando de todos los animales y aves limpias, ofrece holocaustos al Señor. Abrahám, obedeciendo órdenes de Dios, resígnase á sacrificar á su propio hijo en la cumbre del Moriáh. (*Genes* c. 22).

Los pueblos agrícolas ofrecen á Dios los frutos de la tierra: los pueblos cazadores la carne de las reses: los árabes el humo de los

ínciensos.... Y por do quiera y en todas partes el hombre reconoce la necesidad del sacrificio, tanto *expiatorio* como propiciatorio y látréutico.

No se recuerda pueblo que no profesase alguna religión, ni se conoció religión que no tuviera sacrificios *expiatorios*. Moisés mismo, que tanto se esmeraba en remover del pueblo escogido las ceremonias paganas, en cuanto á sacrificios se conforma con el rito fundamental de las naciones; y no hay una ceremonia entre las prescritas por el gran legislador, sobre todo tratándose de *purificación*, que no requiera sacrificios *expiatorios*, que no requiera efusión de sangre. La redención del mundo por medio de la sangre fué una idea fundamental en el mundo, por más que el mundo no adivinara cual había de ser la sangre de su reparación verdadera.

SACRIFICIO DE LA CRUZ

Mas, ¡hé aquí que, en la plenitud de los tiempos, consúmase en el Calvario, cabe los muros de Jerusalén, un sacrificio horrendo, á cuya presencia el sol oculta su luz y en medio del día cúbrese la tierra de tinieblas; rásgase en dos partes el velo del Templo de arriba abajo; retiembla la tierra; pártense las piedras; ábrense los sepulcros y los muertos se levantan!.... ¡Es que ha muerto, es que fué *sacrificado* un Hombre Dios!

¡Cuál no sería el abismo abierto por el pe-

cado cuando para cegarlos se ha consumado tal *sacrificio!*

Ello es que el Verbo Encarnado, Dios como el Padre, Hombre como los hijos de los hombres, constituyóse en mediador entre los hombres y Dios, *mediator Dei et hominum*; tomó sobre sí nuestras iniquidades, *Iniquitates nostras ipse tulit*; y se dió en redención por todos, *dedit redemptionem semetipsum pro omnibus*; ofrecióse, en fin, víctima voluntaria por los pecados del mundo, *oblatus est quia ipse voluit*; y la Justicia Sempiterna aceptó el Sacrificio de Jesús inocente en sustitución de todos los culpables.

SACRIFICIO EUCARÍSTICO Ó DE LA MISA

Pero N. S. J. C., además de prestarse voluntariamente á que en El se consumase, en presencia del cielo y de la tierra, el sacrificio de la cruz, incomprensible, inexplicable por lo horrendo, decretó que continuase perennemente este sacrificio en el mundo.

¿Cómo? Por medio de la Eucaristía Sacratísima.

A las palabras de la consagración Jesucristo se presenta en el altar en forma de víctima, el Cuerpo en la Hostia, la Sangre en el Cáliz, y ofrece á la divina Magstad aquella misma víctima sacrificada en el ara de la Cruz, aquel mismo Cuerpo destrozado en el Gólgota y reconstituido en la Resurrección, aquella misma Sangre derramada en el Calvario y recobrada

en la Resurrección y llevada al Cielo el día de la Ascensión.

De aquí que el sacrificio de la Misa deba considerarse como renovación misteriosa del sacrificio de la cruz, ó como su continuación, prolongación, amplificación y aplicación; supuesto que es la misma víctima y el mismo Sacerdote, y se ofrece al mismo Dios, y para los mismos fines que el de la Cruz.

Es verdad que en el altar J. C. no muere físicamente como en la cruz, pero ofrece á la Divinidad aquella muerte con la que ha contraído todos los méritos, satisfecho todos los débitos, allanado todos los abismos.

Entre las augustas ceremonias de la Misa hay un momento solemne en el que el Verbo humanado se ofrece al Padre Eterno en holocausto el más precioso, y pone en manos de los hombres el medio de tributar á la Magestad divina un culto, una adoración que vale más, infinitamente más que todas las adoraciones de toda la creación inconmensurable; pudiendo asegurarse que por una Misa bien pudo Dios crear el Universo. Porque, si todo lo hizo para gloria suya, ¿qué gloria comparable con la de verse adorado en esta forma?

Porque aquí todo es soberano, todo es verdaderamente divino. La víctima más estimable y valiosa; la Hostia más pura é inmaculada; la ofrenda tan preciosa que ni Dios la tiene mejor; y presentada en la forma más delicada, velada por los accidentes de pan y de vino para imitar el sacrificio de Melquisedec; pero no reser-

vado á Magnates ó Sumos Pontífices ó Reyes de *Salén*, sino puesto á discreción de todos los Sacerdotes, por medio de los cuales puede todo el pueblo cristiano sacrificar y ofrecer al Padre Celestial una Hostia digna de Dios, y pagarle con ella todo cuanto á Dios debemos.

Si; todo cuanto le debemos.

En efecto: ¿debemos á la Beatísima Trinidad gloria, honor, culto, adoración? Aquí la tiene: adoración más sublime y honrosa no puede exigirla.

¿Debemos á Dios gracias infinitas por sus bondades, misericordias, beneficios? Aquí le consagramos y ofrecemos una Hostia que vale tanto, lo menos, como los divinos favores.

¿Qué está irritado por nuestros crímenes y prevaricaciones? Aquí le presentamos esta Hostia de propiciación, á cuya vista no puede menos de contenerse el brazo de la justicia; porque la Hostia que le presentamos es su propio Hijo que ha cargado con nuestras iniquidades: *iniquitates nostras ipse tulit*.

Si tenemos que dirigir á Dios alguna petición, algún memorial, (y ya se sabe que de Dios procede todo bien), nuestro memorial, nuestra petición es la Misa, en la cual el Sacerdote principal es J. C. *Sacerdos in æternum*; que es tan Dios como el Padre.

Para solventar las penas en que por los pecados hemos incurrido, nosotros ó nuestros hermanos, tanto vivos como difuntos, presentamos á Jesús sacrificado en el ara del altar; y Dios tiene que admitir el pago, porque Jesu-

eristo cargó con nuestros pecados, *peccata nostra ipse tulit*. y el Padre aceptó la sustitución.

Esta doctrina, que á primera vista pudiera tacharse de exagerada y aun quizá de irrespetuosa para la divina Magestad, se halla sancionada por el *S. Conc. Trid.*, el cual en la *sesión 22* definió dogmáticamente que: en la Misa se ofrece á Dios verdadero y propio sacrificio; y que este sacrificio de la Misa no es solo de alabanza y acción de gracias, sino también propiciatorio; y que no aprovecha solamente al celebrante, ó al que comulga, sino que debe aplicarse también por los vivos y por los difuntos, tanto por los pecados como por las penas, satisfacciones y otras necesidades. (*Cans. 1 y 3.*)

En resúmen: N. S. J. C. habría de instituir algún sacrificio, ya que sin sacrificio no hay religión; y mejor que el de la Misa, ¿dónde podría discurrirlo?

II

LA EUCHARISTÍA, ALIMENTO

La Sagrada Eucaristía tiene toda la forma y aspecto de alimento, de comida y bebida, de manjar; en el que recibimos, nó sólo la gracia, como en los demás Sacramentos, sino al Autor mismo de la Gracia; nó sólo la Redención, como en los demás Sacramentos, sino al mismo Redentor; pues recibimos el Cuerpo y Sangre

de J. C. que está sentado á la diestra de Dios Padre. Por ello, sin duda, fué dado á este Sacramento el aspecto de pan y de vino que constituyen el alimento principal y simbolizan perfectamente la misteriosa alimentación del hombre.

Lo incomprendible, lo admirable, lo prodigioso, lo inaudito, es que N. S. J. C. haya querido darse á comer á sus hijos, haya querido alimentar á sus hijos con su carne adorable y con su sangre preciosísima: que haya, en fin, dado á comer su carne y á beber su sangre.

Y sin embargo, nada hay más cierto, según hemos visto al historiar la institución de la Sagrada Eucaristía: *Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida*

Estas palabras, pronunciadas por Nuestro Señor Jesucristo en la Sinagoga de Cafarnaún, produjeron gran escándalo.

Es verdad que la causa principal de aquel horror producido en los oyentes de Cafarnaún la dispó N. S. J. C. ocultando la Carne y la Sangre bajo las apariencias de pan y de vino; pero, aun así, ¡á cuántas reflexiones se presta!

Casi se comprende que todo el Cuerpo y toda la Sangre de J. C. quepan en el pequeño recinto de una partícula ó de una copa; pues cuerpos mucho más toscos y voluminosos los reduce la naturaleza á proporciones microscópicas. Pero dar J. C. su Carne á comer y su Sangre á beber, no se comprende fácilmente,

Casi nos explicamos el que J. C. se halle

sacramentalmente presente en miles y miles de lugares al mismo tiempo; pues también el hombre consigue multiplicar su presencia sin salir del orden natural; pero, ¿cómo explicar que el hombre coma la Carne y beba la Sangre de J. C.?

Se concibe que J. C. haya instituido la Eucaristía como un medio de continuar habitando entre los hombres: al fin ha vivido con ellos treinta y tres años y se sabe que los amó hasta lo inconcebible y que *sus delicias son estar con los hijos de los hombres*; pero ¡hacer pasto de ellos la propia Carne y la propia Sangre!

Se concibe que haya instituido la Eucaristía como Sacrificio. A la verdad, algún Sacrificio tenía que dejar, ya que sin Sacrificio no hay religión ninguna; y el Eucarístico es el único digno de Dios que con él es adorado y de J. C. que lo ha instituido; pero mandar comer su carne y beber su sangre, apenas se comprende.

Es verdad que las madres alimentan con su sangre á los pequeñuelos que nacieron en su seno; pero esto se halla previsto y regularizado por la naturaleza, y además no les dan todo el cuerpo y toda la sangre.

Es verdad que el amor de J. C. á los hombres excede todos los límites conocidos, y á llamarle excesivo nos autoriza la Encarnación tal como la efectuó y el género de pasión y muerte que ha escogido cuando para redimir al mundo tenía de sobra con una gota de Sangre ó un latido del Corazón; sin embargo, la

Eucaristía como alimento aun parece mayor exceso; porque la muerte y la pasión sufrió las de una vez para siempre, mientras que en la Eucaristía dejó su carne y sangre á merced de todos los pueblos, de todas las razas y generaciones, por los siglos de los siglos.

Mientras tanto, el hecho es incuestionable: *Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida.*

Y ya que el hecho es indudable, ¿podríamos saber qué es lo que habrá movido al amantísimo Jesús á instituir este manjar? ¿será posible acertar con la causa ó explicación de este prodigio de amor?

Por lo menos, séanos lícito intentarlo.

Y para ello comenzaremos por llamar la atención del lector hacia un fenómeno que se destaca en toda la creación, (y no hay para que añadir que la creación es obra del mismo Autor de la Eucaristía, *omnia per ipsum facta sunt.*)

Nos referimos á la ley de la *manducación*.

Hay en efecto una ley según la cual todo ser viviente necesita comer; con tan imperiosa necesidad, que, si no come, si no se nutre, si no se alimenta, desfallece, muere, deja de vivir. Y esta ley es universal: comprende á todos los seres creados, sin excepción. Comen, nútrense los vegetales; y si no comen, aridecen, sécanse, mueren. Comen los peces del mar, las aves del Cielo, las fieras del bosque; y si les falta el alimento, desfallecen y mueren. Come el hombre; y si no se alimenta, el desfallecimiento y la muerte sobrevienen sin remedio.

Los seres menos materiales, los seres incorpóreos, los mismos espíritus, ó se alimentan á su modo, ó no tienen vida. ¿De qué vive el alma? De ideas y afectos. ¿Los produce ella? ¿los tiene en su propio ser? Nó. Los recibe de fuera, los aspira, los absorve, los come á su modo, y de ellos se nutre, y de ellos vive, digiriéndolos, asimilándolos, apropiándolos, identificándose con ellos.

No cabe dudarlo; la ley de la *manducación* la necesidad de alimentarse para vivir, es ley universal. Y esta ley fué dictada y soberanamente impuesta por el Autor de la Eucaristía, por el mismo que dijo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo: Tomad y bebed, esta es mi sangre.*

¿Por qué habrá impuesto Nuestro Jesús semejante ley á todas las criaturas? ¿Quién sabe si sería para llegar, por una cadena misteriosa, á esta *manducación* soberana, á este convite celestial!

Mientras tanto, es una profesión de fé, es la manifestación del primer dogma, de la primera verdad que toda criatura debe profesar y confesar, es á saber, que solo Dios es Dios y que todos somos hechura de sus manos, obra de su poder, y dependientes de su Magestad soberana. En efecto, comer es confesar, de bueno ó mal grado, que no tenemos vida propia, supuesto que todos los dias precisamos comer para no desfallecer. Dios es el único que no ha menester de comida para vivir; porque su vida es propia, no la debe á nadie, no la recibe de fuera, la tiene por sí mismo, como que es inhe-

rente á su propio ser, como que le es consustancial.

Todo ser viviente, fuera de Dios, si no come, si no se alimenta, muere. Y Dios Criador que impuso esta ley, esta necesidad á todas las criaturas, proporcionó los medios de satisfacerla, distribuyendo, prodigando los alimentos necesarios y proporcionados á todos y cada uno de los vivientes.

La misma ley ó necesidad de alimentarse existe y no puede menos de existir en el orden sobrenatural. Y habiendo Nuestro Señor Jesucristo proveído en el orden de la naturaleza, ¿dejaría de proveer en el orden de la Gracia? Imposible. Si para sostener una vida efímera y pasajera hizo prodigios de previsión, mostrando un celo y providencia verdaderamente paternales, ¿cuánto más no haría para conservar y aumentar la vida sobrenatural de sus hijos? Jesús amantísimo que como Criador se mostró tan pródigo, sembrando por todas partes y al alcance de los seres más despreciables, medios de subsistencia, ¿habría de escatimarlos á sus hijos redimidos, á sus hijos rescatados á tanta costa? El, que derramó á torrentes la Sangre, por devolvernos la vida sobrenatural, ¿iba á dejarnos sin medios de alimentarla y conservarla? Nó, seguramente que nó.

Lo difícil sería saber de antemano qué alimento, qué clase de alimento, qué clase de comida sería la inventada, la creada por N. S. J. C. Desde luego, sin embargo, podía

tenerse por seguro que inventaría, que crearía lo mejor. Porque nuestro divino Jesús es así. ¿Quiere dejar una prenda, un recuerdo á sus amigos? Se deja á sí mismo en la Eucaristía; porque no podía dejarlo mejor. ¿Quiere dejar en la tierra una Hostia que ofrecer á Dios? Inventa el Sacrificio Eucarístico; porque no cabía inventarlo mejor. De la misma manera, ¿quiere dejar á sus hijos un alimento, un manjar con que sostener la vida espiritual? Les deja su propia Carne y su misma Sangre; porque no tenía cosa mejor.

Verdaderamente, tampoco había otro alimento adecuado y proporcionado á nuestro paladar sobrenatural. Todo bien mirado, el pan Eucarístico era el que necesitábamos; es el único que corresponde á nuestra actual constitución, á nuestro temperamento y condición de hijos de Dios, bautizados, reengendrados en la Sangre de J. C., incorporados, adscritos á la familia de J. C., hermanos de J. C., *Primogénito de todas las criaturas*. Desde que por el bautismo nos alistamos en el Ejército cuyo Capitán es J. C., y entramos en la barca cuyo piloto es J. C., y pertenecemos á la familia cuya cabeza es J. C., ¿qué otro alimento podría dársenos adecuado á nuestra condición, estado y temperamento?

Porque, no debemos echar en olvido que no basta, que no sirve cualquier alimento; es necesario que el alimento corresponda, sea proporcionado, sea adecuado á la constitución, temperamento, organismo, modo de ser del ali-

mentado. Unas plantas viven y prosperan en una clase de terreno y no en otros; unas aves, unos peces, unos animales se desarrollan en tal clima, en tal país, en estas ó las otras aguas. Con el hombre sucede lo mismo en cuanto á su desarrollo físico y vida natural: ¿cómo nó suceder una cosa análoga en cuanto á la vida sobrenatural?

Ahora bien; J. C. Criador, que hizo prodigios inenarrables por darnos alimento para el cuerpo, ¿qué no haría por darnos alimento para el alma? Fijémonos, por ejemplo, en el pan y el vino, ya que constituyen el alimento principal del hombre civilizado y bajo sus accidentes y apariencias quiso J. C. darnos su Carne y su Sangre. En el suelo donde radican y en la atmósfera que las rodea, la caña de trigo y la vid buscan, discernen y recogen los elementos necesarios para nuestra subsistencia: aquí para los huesos, allí para los músculos, allá para los nervios, aculla para la sangre ... Y al extraer de la tierra, de la tosca tierra, aquellos elementos, aquellos ingredientes, los mezclan y combinan en proporciones exactísimas. Estos alimentos maravillosamente extraídos de la tierra por la frágil caña y la flexible vid, entran en nosotros por la *manducacion* y tras misteriosas operaciones dejan de ser pan y vino para convertirse en la carne, en la sangre, en los huesos y nervios que constituyen nuestro ser; es decir, que los alimentos vienen á formar parte de nuestro organismo, sostienen nuestra existencia, alimentan nuestra vida,

que sin ellos desfallece, se extingue, se apaga.

Si nuestro Padre Celestial obra tales prodigios por fomentar, alimentar y sostener la vida corporal, deleznable, perecedera, ¿qué no hará para fomentar y sostener la vida espiritual, sobrenatural, eterna de sus hijos? Si ha como animado y espiritualizado las plantas, á fin de que buscaran y extrajeran de la tierra alimento para nuestro cuerpo, ¿dónde irá á buscar alimento para nuestra alma? ¡Para esta alma que no se sacia con nada de cuanto hay en la tierra? ¿Para esta alma que, aún colmada de honores, grandezas, riquezas y placeres, continúa hambrienta de placeres, riquezas, grandezas y honores? ¿Para esta alma que, si le franqueais todos los arcanos de la naturaleza, todos los tesoros de la ciencia, continúa suspirando por más ciencia, por más saber, por más verdad? ¿Para esta alma, en fin, que no se satisface sino con lo infinito?

Por esto nuestro Jesús, que nos hizo así y conoce perfectamente nuestro modo de ser, en la víspera de su muerte, en la hora suprema de la despedida, dice á sus hijos: *Tomad y comed, este es mi cuerpo: Tomad y bebed, esta es mi sangre* con mi alma y mi divinidad. ¡Ahí teneis lo infinito! ¡Ahí lo teneis todo!

¡Y esto lo dijo J. C. la víspera de su muerte! No instituyó la Eucaristía, nó, en el Tabor, nó el dia del triunfo y glorificación, sino la víspera de su muerte, en la hora de las aflicciones, en el dia de las congojas, pocas horas antes de caer en manos de sus enemigos para

ser destrozado, para ser cubierto de heridas desde los piés á la cabeza. En aquellos momentos selemnes, en aquella hora suprema, diríase que Jesús tendió la vista por toda la creación en busca de pan que dejar á sus hijos, y no encontró fuera de sí nada capaz de saciar el hambre y apagar la sed del alma humana. Por eso dijo antes de partir: *Tomad y comed, este es mi cuerpo: Tomad y bebed, esta es mi sangre.*

Á COMULGAR

Ya que J. C. lo quiere así, comamos y bebamos la Carne y la Sangre de J. C.; porque *si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros*. Así como en el orden natural no hay vida sin alimento, lo mismo sucede en el orden sobrenatural; y el alimento sobrenatural que nos dejó Nuestro Redentor, ya lo hemos visto, es la Eucaristía. Por eso dijo: *Tomad y comed: Tomad y bebed*

Porque hay una región, un orden, una esfera donde los alimentos corporales, no obstante que son dones de Dios, no producen efecto ninguno ó lo producen contrario. Esto acaece en la región de la virtud, de la humildad, de la pureza, de la abnegación. En esta región sobreviene el desaliento, el desfallecimiento, la anemia, la muerte, si no se acude con un manjar sobrenatural que reanime, rehaga, fortalezca.... Por eso Nuestro Señor Jesucristo dijo: *Tomad y comed* mi Cuerpo que yo he templado,

he preparado, he formado, llevándolo treinta y tres años en la humildad, en la pureza, en la obediencia, en la abnegación: *Tomad y bebed* mi Sangre, á fin de que heredeis mis virtudes, como el niño hereda la índole de la madre que le dió su sangre.

Tomad y comed: Tomad y bebed, ha dicho J. C. al instituir la Eucaristía; y sin cesar sigue repitiéndolo desde el Sagrario. Porque todos los seres están inquietos mientras no cumplen su destino; y el destino de la Eucaristía es servir de manjar, de comida, de alimento. Ser *comido* es la razón de ser, la causa final de la existencia de todo alimento, el motivo porque fué creado; y constituye, por lo mismo, su felicidad, su dicha, su alegría. Los alimentos corporales, al ser comidos y descender á las entrañas del hombre y convertirse en sustancia nuestra, si tuvieran inteligencia y el don de la palabra, expresarían su alegría diciendo: «Ya soy feliz, he cumplido mi destino; he llenado mi santa y sublime misión de sostener la vida en el corazón del hombre». Mas, he aquí que la Eucaristía es *pen vivo descendido del cielo*: es J. C. convertido en comida, en alimento, en manjar del hombre. Por eso dice: *Tomad y comed: Tomad y bebed*; y lo repite sin cesar mientras no ve encender las velas del altar y no siente crugir la cerradura del Sagrario y abrirse la portezuela de su encierro. Y solo quedará satisfecho cuando haya descendido á las entrañas de sus hijos, para cumplir, allá en el fondo del pecho, mediante operaciones misteriosas,

la misión divina de alimentar en el corazón humano la vida sobrenatural. Entonces dejará de clamar: «Tomad y comed», «Tomad y bebed», para repetir aquella soberana afirmación: *El que come mi Carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el día novísimo.*

III

LA EUCARISTÍA, RECUERDO

Hemos dicho que la Sagrada Encaristía, además de ser manjar divino y sacrificio soberano, es una memoria viva, una prenda adorable, un *recuerdo* magnífico que N. S. J. C. dejó á sus amigos.

¡Recuerdo!... ¿Y para qué?... ¡Ah! una de las grandes miserias humanas es el olvido, es la facilidad, la propensión á olvidar. Mientras tenemos á la vista el objeto de nuestra veneración y cariño, todo va bien; pero en cuanto se interpone el velo de la separación, el velo del tiempo ó de la distancia, la imagen y recuerdo del objeto amado palidece, se eclipsa, se extingue. A la sima del olvido van á parar los acontecimientos más dignos de recordarse, los personajes más célebres, los seres más queridos.

Contra esta fatal epidemia del olvido no hay más que un recurso, que es el *recuerdo*; y el hombre lo emplea con verdadero empeño. Aquí erige estátuas, allá levanta pirámides, arcos, columnas... más allá hace rodar bloques

inmensos y los coloca de manera que perpetúen la memoria del acontecimiento ó del personaje que no queremos sea devorado por el monstruo del olvido. Cuando Josué hubo pasado el Jordán á pié enjuto con el pueblo de Israel, hizo levantar del seco cauce del rio doce grandes piedras y erigir con ellas en la rivera un monumento, diciendo á los Hebreos: *Colocadlas ahí en recuerdo* de lo que habeis visto. Y cuando vuestros descendientes os pregunten *qué significan estas piedras*, les contestareis que fueron colocadas para eterno monumento de haberse detenido las aguas del Jordán delante del Arca.»

Esto es el *recuerdo*. A la consistencia de la piedra ó del bronce encomiéndose la memoria de los acontecimientos dignos de recordarse. «Yo me voy». parece que dice el que levanta un monumento; «dentro de poco habré desaparecido; ahí quedas tú en lugar mío, con el encargo de evitar que el olvido devore mi memoria.»

Y en efecto, algo se consigue. Al pasar por delante de esos monumentos, los sucesos antiguos renacen de algún modo; y, al menos por un momento, se ha triunfado del olvido.

Por un momento, sí; porque á despecho de todos los recuerdos, la victoria es efímera. El tiempo y el espacio vencidos un instante, parece como que se revuelven airados, y pronto toman el desquite: pronto vuelven á cubrir con tupido velo aquello que se pretendió inmortalizar.

Además, ¡cuántos pasan junto à esos monumentos sin saber el significado de ellos! Y aun para los eruditos, ¡cuántos monumentos indescifrables! Delante de las pirámides de Egipto, ante los inmensos bloques de los bosques druidicos pregunta el viajero *qué significan aquellos pedras* y nadie responde. ¡Tanto es el poder del olvido!

Aún concretándonos al reducido círculo personal, ¿qué nos queda de las puras amistades de la infancia? ¿qué de las bellas é inocentes intimidades de la juventud? ¡Las afecciones más íntimas, las más profundas, con poco tiempo que pase sobre ellas, palidecen, se nublan, se borran, se extinguen, desaparecen! Sólo á merced de algún poderoso recuerdo se logrará evitar la total ruina.

Ahora bien; J. C. conocía perfectamente la pobre condición humana: y J. C. no quería, seguramente, ser olvidado de los hombres. No podía menos, pues, de dejarles algún recuerdo. ¿Cuál? Seguramente el mejor.... y el mejor recuerdo es sin duda alguna aquel que mejor le represente.

Hé aquí por qué dejó la Eucaristía. No dejó el pesebre de Belén aunque reclinase en él su cuerpecito al nacer; porque cabía cosa que mejor le representase. No dejó la cruz, teñida y todo que fué con su Sangre preciosísima, porque no era todo, aún cabía cosa que mejor le representase. No dejó una imagen ó retrato; nó una reliquia ó parte de su Cuerpo; sino todo su

Cuerpo, toda su Sangre, toda su alma, toda su divinidad.

Este sí que es el recuerdo completo, el recuerdo perfecto, el recuerdo soberano. Esto mismo haría un padre, una madre, un esposo, una esposa, un hijo, al separarse para siempre del objeto de su amor, si pudieran hacerlo. El hombre no puede llegar á tanto. Más feliz Jesús, porque es más poderoso, ha podido realizar, y realizó con efecto, lo que en las criaturas no pasa de ser un ensueño ó vana pretensión.

Y hé aquí por qué al instituir la Eucaristía, á continuación de las palabras de Soberano *Este es mi cuerpo: Esta es mi sangre* añadió las de Padre amoroso, las de amigo del alma, *Hoc facite in meam commemorationem*: «Vosotros haced esto en memoria mía», en *recuerdo* mío; para que os *acordéis* de mí; para que no me *olvidéis*.

Y en efecto, así no es posible olvidarle. Podrán los ciegos pasar por delante de Él sin verle; podrán los malvados pasar por delante de El blasfemándole; pero olvidarle la humanidad, jamás, mientras subsista en la tierra este monumento vivo, este *recuerdo* soberano, esta *reproducción* exacta del Libertador del linaje humano.

Reproducción, sí, del Verbo Encarnado, oculto bajo las especies de pan y vino, como lo estuvo durante nueve meses en el seno de María. Reproducción de aquel Niño-Dios que nació en el Portal de Belén y vuelve á nacer so-

bre el ara del altar: que en el Portal adoraron Angeles, pastores y reyes, y aquí podemos nosotros adorar igualmente, y besarle, y abrazarle, y aún introducirle en nuestro pecho y estrecharlo contra nuestro corazón. Reproducción, en una palabra, de aquel benditísimo Jesús, el más hermoso entre los hijos de los hombres, el más dulce, el más apacible, el más suave y humilde de Corazón, el más generoso, el único consuelo, luz y guía de la pobre humanidad que sufre, de la pobre humanidad á quien todos abandonáran y por causa de la cual fué también El abandonado de su mismo Padre: abandono que le arrancó esta amarguísima queja, exhalada en el lecho del dolor, en el durísimo lecho de la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mat. cap. 27, v. 46.)





CAPITULO IV

RESUMEN

DIOS.... aquel Dios de infinita magestad que no ha menester de nada ni de nadie para ser lo que es, para ser Dios.... Dios.... allá al principio de los tiempos, si bien no sabemos cuándo fué el principio de los tiempos... allá cuando le plugo y del modo que le plugo, aunque no sabemos el cuándo ni el cómo... allá cuando le plugo y del modo que le plugo, creó el Universo, creó el Cielo y la tierra y todo cuanto hay en la tierra y en el Cielo.

Los innumerables mundos diseminados por la inmensidad del espacio, no sabemos quién los puebla, no sabemos qué seres vivientes los habitan. Unicamente por la divina revelación tenemos noticia de que forma parte de la incommensurable creación muchedumbre inacabable de seres incorpóreos é inteligentes que se llaman ángeles. Estos quizá se extienden por

todo el Universo, quizá recorran todos los mundos, quizá tienen morada en todos los astros; y, sin quizá, dentro del incommensurable espacio residen, viven, piensan, quieren, obran, comunicanse, ejercitan sus facultades.

En el globo terráqueo, que con ser arena exigua ó punto microscópico de la creación, no deja de contener maravillas suficientes para dar idea del poder y grandeza del sumo Hacedor... en la tierra, digo, colocó Dios al hombre y lo hizo rey de este rincón, de esta partícula, de esta parcela del Universo; y entabló con él relaciones que más parecen propias de un padre que de un Dios....

En efecto, á este ser que se llama hombre, á este ser misterioso, á este agregado de materia y de espíritu, de alma y de cuerpo, de bestia y de ángel, compendio de la creación é imagen del Criador, empeñóse Dios en igualarle con los ángeles en el destino final, en la mansión eterna; creando un mismo cielo, un mismo premio, una misma gloria para los hombres que para los ángeles.

El cielo que Dios preparó tanto para los hombres como para los ángeles, cielo con el que nada comparable *vió el ojo, ni oyó el oído, ni concibió la imaginación* era muy desproporcionado, muy superior á la condición humana; pero Dios elevó, mejoró, levantó la condición humana todo lo necesario.... El hombre carecía

de aptitud, de capacidad, de *alas* para volar, para levantarse á tales alturas, para arribar á tanta felicidad; pero Dios provistóle de alas. Las fuerzas naturales del hombre no eran suficientes para llegar á merecer premio tan exquisito; pero Dios le añadió fuerzas extraordinarias, fuerzas sobrenaturales, proporcionadas al destino que le mandó perseguir. Dios, en una palabra, *elevó al hombre al estado sobrenatural*....

De aquel *orden sobrenatural*, de aquellas alturas inconmensurables, descendió el hombre, cayó como despeñado, por un crimen, por un delito, por un pecado misterioso, que no fué cometido más que por un hombre, y sin embargo trasciende, se extiende, se atribuye, se propaga á todos los hombres; y todos nacen despojados, privados de aquellos dones, de aquellas fuerzas, de aquella aptitud necesaria para escalar aquel cielo tan peregrino que Dios preparara para los hombres al igual que para los ángeles....

¡La caída del linoje de Adam!....

Para levantar al hombre de tan profundo abismo, para librarle de tan completa ruina, de tan inmensa desgracia, para rehabilitarle, para devolverle fuerzas, aptitud, condiciones perdidas, para *redimirle*, en una palabra, hubo de realizarse el acontecimiento más grande que vieron los siglos en favor de la humanidad, ¡la *Encarnación!*

Dios, la segunda persona de la Beatísima Trinidad, el Verbo Eterno, *hízose hombre*, habitó con los hombres, comunicóles—en lenguaje humano—los secretos celestiales de mayor importancia para la salvación del mundo, enseñóles la moral más hermosa, más humana, más sublime que puede concebirse; y derramó su sangre y dió su vida para satisfacer á la Justicia sempiterna por los pecados del mundo.... *Redimió*, en una palabra, al linaje humano.

Consumada esta obra de misericordia infinita y proveído todo lo necesario para que se perpetuase en la tierra y aprovechase á todas las generaciones, volvióse al seno del Padre, llevó al trono del Altísimo aquella Humanidad Sacratísima que, en virtud de su unión hipostática con la Divinidad, pudo realizar la obra soberana de la reparación del linaje de Adám...

Pero antes de subir á los cielos instituyó el prodigio Eucarístico, á fin de continuar y aún amplificar y aplicar el gran prodigio de la Encarnación.

En efecto, mediante la presencia real de J. C. en la Eucaristía, renuévase continuamente la Encarnación ó aparición del Hombre-Dios en la tierra, nó ya sólo en una casita de Nazaret, sino en todas las iglesias del orbe cristiano.

Merced á la Eucaristía continúa el Verbo Encarnado habitando entre los hombres, no sólo de la Palestina sino de todos los pueblos

crístianos; y recorriendo las calles y visitando los aposentos, nó ya sólo de la Judéa y Samaria, sino de todas las ciudades, villas y aldeas cristianas; nó durante treinta y tres años, sino hasta la consumación de los siglos; y está accesible y á disposición, no sólo de sus parientes y amigos israelitas, sino de cuantos quieran visitarle, y hablar con El en persona, y contarle sus cuítas, y exponerle sus miserías, apuros, aspiraciones y deseos.

Mediante la Eucaristía, Jesús amoroso dejó á sus amigos una prenda, una memoria, un recuerdo.... que sólo Dios podría dejar: é instituyó un Sacrificio, único digno de la Magestad de Dios; y preparó para sus hijos un banquete, una comida, un manjar, un alimento que ni los Angeles lo tienen mejor.

De modo tal, que si, gracias á la Encarnación, el Verbo se hizo Carne y habitó treinta y tres años entre los Judíos; gracias á la Eucaristía, el Verbo Encarnado habita entre los hombres de todas las razas y durante todos los siglos. Si, gracias á la Encarnación, Dios se hizo hermano del hombre, cuya naturaleza tomó; merced á la Eucaristía, Dios se identifica con el hombre, en cuya sustancia se convierte al servirle de alimento. Si, mediante la Encarnación, fué posible que un Hombre-Dios se ofreciese en Holocausto á la Divina Magestad ofendida y se sacrificase en el ara de la cruz por los pecados del mundo, mediante la Eucaristía, aquella misma víctima sacrificada en el Calvario se ofrece en todas las aras del mundo

todos los días de los siglos, á la misma Magestad del Cielo, en adoración y acción de gracias, en propiciación y en satisfacción: ofreciendo, inmolando, sacrificando aquí el cuerpo que fué destrozado en la Cruz y restaurado en la resurrección, la sangre derramada en la Cruz y recobrada en la resurrección; y, con el Cuerpo y la Sangre, también las llagas que se extendían desde los piés á la cabeza y que fueron cicatrizadas, sí, pero no borradas, á fin de poder mostrarlas siempre al Justo Juez de vivos y muertos.

—
¡Oh bendita! ¡oh dulcísima! ¡oh Sacrosanta Eucaristía! ¡Más allá de Tí nada hay en la tierra! ¡Diríase que en Tí se compendian el poder y la bondad de Dios!

ÍNDICE

	Página
PRÓLOGO.	5
CAP. I PRELIMINARES.	7
I Dios.	7
II Beatísima Trinidad.	8
III Encarnación.	12
CAP. II EUCHARISTÍA.	17
I Presencia real de J. C. en la Eucaristía.	17
II Transustanciación.	18
III Materia remota de la Eu- caristía.	19
IV Ministro de la Eucaristía.	20
V Institución de la Euca- ristía.	21
VI Oscuridades.	22
CAP. III OBJETO Y FINES DE LA EUCA- RISTÍA.	27
I La Eucaristía Sacrificio.	28
Sacrificio en general.	29
Sacrificio de la Cruz.	32
Sacrificio Eucarístico.	33
II La Eucaristía alimento.	36
A comulgar.	45
III La Eucaristía, recuerdo.	47
CAP. IV RESUMEN.	52



OBRAS DEL AUTOR

Precio de este opúsculo.	0'50 pts.
Responsabilidad Moral (ó tratado de ACTOS HUMANOS).	1'00 —
Reseña histórica y descriptiva de Santa María del Campo de la ciudad de la Coruña.	0'50 —
Liberalismo. ¿Quid est?	0'50 —

En los pedidos directos de diez ó más ejemplares, se rebaja el 25 por 100.

100